

EL ÚLTIMO DESCUBRIMIENTO
(Premio especial EDICIONES DE LA TORRE al mejor relato juvenil 2000)

Maricel Díez

Ahora sólo puedo darle vueltas y vueltas al titular del periódico que tengo frente a mí, recordando lo que sucedió hace una semana:

«EXCAVACIONES AL CENTRO DE LA TIERRA»

«¡Interesante, genial!» Decía la gente cuando leía los titulares de los periódicos. También solían exclamar: «¡Ya era hora que en el siglo XXI hiciesen expediciones más a fondo en nuestro planeta, la Tierra!». La verdad es que a mí no me gustaba eso de las excavaciones, aunque era un tema que me tocaba muy de cerca, puesto que en mi juventud había trabajado en varias y había sido un experto geólogo; pero ahora era distinto.

Tengo setenta y un años y una vida bastante trágica. Me casé dos veces, la primera vez con Mary, con la que tuve tres hijos. Mary murió en un trágico accidente aéreo. La segunda vez que me casé fue con Jessica, mi mujer actual.

Vivo relativamente feliz en un pequeño y tranquilo pueblo. Mis hijos Freddy y Jefry viven también felices con sus respectivas familias. Pero aparte de estos dos hijos tuve también una hija mayor: Claudia.

Al igual que a mí le empezó a interesar la geología. Estudió y se especializó en la misma rama que yo; tras pasar la universidad y unas pruebas, mi hija y yo coincidimos en el trabajo; una excavación muy importante. Yo, al igual que ella, estaba encantado. Mi hija aprendía muy rápido y nos sentíamos muy unidos; ella aspiraba a llegar tan lejos como su padre o más. ¡Qué viejos tiempos! Ésa fue una de las mejores etapas de nuestras vidas, pero llegó un día que jamás podré olvidar. Mientras mi hija y yo estábamos en la excavación, nos comunicaron que Mary, mi mujer, había muerto. Fue un duro golpe, pero aún no había acabado la mala racha: a la semana siguiente mi hija moría en un accidente en la excavación; por lo visto, simplemente se le derrumbó la tierra bajo los pies y se precipitó en el mortal agujero. Por último, un gran alud de tierra la sepultó. Media hora estuvo luchando por su vida; después expiró. En el accidente, habían caído más de diez personas; sólo mi hija murió.

Cuando extrajeron su cuerpo, me quedé horrorizado ante la visión; un instante me bastó para que la imagen se me quedase grabada para toda la vida.

Después de aquel terrible suceso me retiré para no volver a recordar el accidente de mi hija; por eso cambié de oficio y de casa. Todo eso pude hacerlo con la indemnización de los dos accidentes. A raíz de eso, en la ciudad donde trabajaba, nacieron rumores, que si yo había matado a mi mujer y a mi hija, que sólo quería el dinero... Esto me produjo una profunda depresión, y cambiar de vida era lo único que podía impedir que me fuese a acompañar a mi hija y a mi mujer en su trágico destino.

Pasados siete años, mis dos hijos ya se habían casado y decidí viajar un poco, aunque no en avión, porque me recordaba la muerte de mi difunta esposa Mary, pero un día tuve que coger con urgencia un avión y allí conocí a mi segunda esposa. Paradójicamente, lo mismo que me había quitado mi primer amor me dio más tarde otro. A los pocos meses nos casamos. Ella me ayudó mucho e hizo que

todo lo que recordase de mi anterior esposa y de mi hija fuese bueno; lo consiguió, pero no logró hacerme olvidar el rostro de mi hija cuando la sacaron de ese infierno.

Por eso digo que vivo relativamente feliz, porque a veces me despierto sobresaltado al haber tenido una pesadilla sobre mi hija y mi mujer; esto ocurre, gracias a Dios, muy de tarde en tarde; no obstante, últimamente habían vuelto a brotar, como una rápida plaga, y todo a causa de ese artículo «Excavaciones...» Mi mujer sabía que estaba sufriendo a causa de eso; a mí no me gustaba que hiciesen una excavación tan... peligrosa; se iban a cargar el mundo, eso es lo que pensé. Mis sueños eran cada vez más terribles: veía un derrumbamiento de tierra que se tragaba a mi hija, a Mary, a Jessica... Algo exagerado, incluso los edificios eran devorados por la tierra. Yo quería coger a todos, no podía. A mí no me arrastra; entonces el agujero se cierra sobre sí; tengo suerte y soy el único superviviente; terrible, solo en el mundo sin mis seres queridos. Entonces veo en una piedra mi última solución; me la tiro a la cabeza para poner remedio a todos mis males; ahí es cuando me despierto empapado de sudor, exaltado.

Al explicarle a mi mujer la pesadilla, me dijo que tenía que superarlo, que iríamos a ver una excavación y comprobar que no pasaba nada; otra terapia que utilizaría sería la de ir a un debate/tertulia sobre el tema de las excavaciones. Las dos opciones me horrorizaban, pero algo debía hacer, así que nos fuimos a la tertulia.

La tertulia se realizaba en una sala de una universidad, una sala bastante grande.

—Tienes que tranquilizarte, Rob —me dijo mi mujer—; ya verás como todo va bien.

La verdad es que no sabía cómo me estaba soportando mi mujer tanto tiempo, dándome todo su cariño y su paciencia; en fin, creo que no la merecía.

—Está bien, ya estoy preparado y no estoy nervioso —dije con voz temblorosa—. ¿Cuándo tengo que salir? Después de este hombre.

El hombre que acababa de salir a la tarima era un hombre bastante joven, desde mi punto de vista; unos cuarenta años, alto, moreno, rostro sereno y serio. Parecía estar muy seguro de lo que decía; por lo visto, miraba con muy buenos ojos eso de las excavaciones, decía que era mejor gastarse el dinero en explotaciones de la tierra que en el lejano espacio; cuando dijo eso, mucha gente aplaudió, que era un gran progreso para el futuro... Lo de siempre. Cuando terminó, me cedió el turno, con el mismo semblante de seriedad y de indiferencia que anteriormente. Subí entonces a la tarima; miré a los presentes. La sala estaba llena de estudiantes; me aclaré la voz y comencé con mi breve discurso: «Que por una parte era interesante eso de las excavaciones, pero que tenía un lado negro, las muertes por accidentes, que yo había sufrido una. Y que tratándose de una excavación a gran escala podíamos irnos todos al otro barrio». Con esas palabras exactamente lo dije. También apunté por último «que el dinero que podían gastar para el espacio, o para las excavaciones, podrían usarlo para fines humanitarios: educación, hogares... Todo ello para evitar la pobreza de las masas». Mucha gente entonces aplaudió. Y con eso acabó mi intervención.

Cuando terminé de hablar, me sentí mejor, con una pequeña paz interior. Mi mujer lo notó y se alegró por mí. Pero me dijo que me faltaba la última parte de mi terapia: presenciar un poco de una excavación. Me enseñó unos pases especiales para presenciar las «grandes excavaciones...». Por supuesto que me negué rotundamente, pero al final tuve que acceder.

No sé cómo había llegado hasta ahí; estaba frente a la más grande y espectacular excavación que hubiese visto nunca.

Las herramientas, los métodos de excavación, las personas, todo había cambiado en los últimos años, en las últimas décadas... Me fascinó y aterrorizó a la vez.

Por un lado, mi amor por la excavación permanecía intacto. ¡Lo había echado tanto de menos sin haberme dado cuenta...! Aunque, por otra parte, me recordaba al trágico accidente de mi hija. Pude ver poco, sólo los primeros quince metros, lo que permitieron a un anciano como yo... Pero, según escuché, decían que estaban muy avanzadas las excavaciones.

Estuvimos una tarde entera. Después nos marchamos a casa y descansamos.

El día había sido muy duro, lleno de largos viajes y de experiencias, así que me dormí en seguida, como en seguida me llegaron las pesadillas, las mismas, las de la excavación, y, como de costumbre, me desperté en sudor frío y con un mal presagio.

Algo me decía que pusiese la televisión; otra que no lo hiciese. En medio de la noche, desperté a mi mujer para preguntarle qué debía hacer; me dijo entonces que si estaba tonto, que no era normal la pregunta, pero que si me daba la gana la podía poner. Mejor hubiese sido no ponerla.

Apreté el botón y se escuchó un gran estruendo; miré fijamente al televisor, eran imágenes de la excavación, más bien parecidas a mis pesadillas que a lo que había visto pocas horas antes. Miré la pantalla, era lo más horrible del mundo: gente huyendo del agujero inútilmente, puesto que las tragaba casi al instante. Los gritos de la gente, desgarradores... No pude contener las lágrimas. De repente se veía que el cámara era absorbido por la gran nada. Y se cortó la retransmisión.

Cambié a otro canal, emitían desde un helicóptero; también fue engullido por la hambrienta tierra. Cambié de canal de nuevo. El ruido aumentaba. Los grandes rascacielos eran arrastrados casi sin ningún esfuerzo. Toda clase de animales era también arrastrada a las garras de la Tierra. Era el fin del mundo.

Mi mujer me preguntó entonces que qué me pasaba, qué era ese ruido, y cuando le expliqué brevemente lo que ocurría, se desmayó así, sin más, y la bajé a la calle.

Todo el mundo estaba fuera, con el pijama puesto, como nosotros. Mucha gente repartía paz y abrazos a las demás personas al ver su próximo fin. Enemigos haciéndose amigos. Gente impotente ante el desastre.

El cielo, al igual que la tierra, estaba enojado y negrísimo. Cuando mi mujer volvió en sí, el desastre estaba ya cerca, aproximadamente a cinco minutos. Le dije que todo era como mi pesadilla. Y le dije que al menos, cuando nos llegase la hora, me cogiese de la mano para que no fuese arrastrada antes que yo.

El ligero temblor que notamos en los pies nos anunció el desastre y lo que nos iba a suceder en un instante. A los pocos segundos, el sonido y las vibraciones se multiplicaron, tan rápidamente que en seguida pudimos ver cómo venía hacia nosotros. Y por los dos lados. Era como si la tierra se volviese del revés. Agarré la mano de mi esposa y le di el último y más tierno beso que jamás di a nadie. La nada se acercaba a nosotros y pude comprobar con todo sufrimiento cómo mi esposa Jessica era arrastrada; además de Jessica, también eran arrastradas mi primera esposa Mary y mi hija. No podía alcanzar a ninguna. Curiosamente no me absorbía la nada. Esperé, oí un estruendo ensordecedor, un estallido y perdí el conocimiento.

Cuando desperté, pensé que era una pesadilla, pero me di cuenta de que no lo era, puesto que frente a mí estaba la nada inmensa, terriblemente inmensa. Y yo estaba solo. El único superviviente del desastre. Una auténtica maldición.

Me miré el cuerpo con heridas por todas partes. Mi oído derecho lleno de sangre por el que no podía oír nada; me había estallado el tímpano.

Ahora sólo puedo darle vueltas y vueltas al artículo que tengo frente a mí, único en su especie, como yo. Es como una burla, ese maldito papel y yo en la Tierra, o lo que queda de ella. Irónico.

En fin, sólo me queda pensar en que esto es justo, por todo lo que le hemos hecho a la Tierra: contaminaciones, asesinatos de sus especies vivientes e inertes... Jugar a ser Dios. Todo esto conllevó que la Tierra acometiese su venganza...

Y estoy completamente solo, frente a este artículo. Aparte de ese trozo de periódico, frente a mí hay un montón de piedras y rocas que me acaban de recordar mi pesadilla.

Casi sin pensarlo, instintivamente cojo la más afilada, la elevo hacia arriba...